

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA MUERTE

Nuestra idea acerca de la muerte; el temor a la muerte; la paz o la angustia al morir; la esperanza de una vida mejor; la confianza en Dios, dispuesto a perdonar y que nos espera o, por el contrario, la ausencia de toda esperanza; y, en general, nuestra actitud ante la muerte se funda, en gran parte, en la tradición judeo-cristiana que ha sido el gran referente religioso y ético para la cultura a la cual nosotros pertenecemos. De tal manera que la actitud ante la muerte de los no creyentes suele basarse en un rechazo, mas o menos parcial, a veces total, de la concepción de la muerte que nos da la Biblia. Esta es la que vamos a exponer brevemente, primero la muerte para el creyente judeo-cristiano; y luego la muerte para el no creyente, la muerte para el que se ha marginado, en mayor o menor grado de la fe de la Biblia.

A.- En el Antiguo Testamento

Para el judío anterior a Cristo la muerte es, antes que nada, un hecho ineludible, misterioso, que causa temor y angustia al pensar en la propia muerte; y dolor y amargura cuando se trata de la muerte de los seres queridos. Algunos -son pocos- desean la muerte como una liberación del dolor y de la angustia.

El judío ve a la muerte como un hecho. Le busca un sentido. Y aspira a liberarse de ella. Veamos estos tres puntos.

1.- El hecho de la muerte.

¿Cómo visualiza la muerte el judío de los tiempos antiguos?

En forma concreta. El judío no es intelectual, no es racionalista, no tiende a la abstracción como el griego. Es empiricista, es concreto: cree en lo que ve y toca. La muerte para él es antes que nada un

cadáver. Como en casi todas las religiones, hay un interés, una devoción en torno al cadáver del hombre: se le da sepultura. Morir sin sepultura es para el judío, y para muchos otros pueblos, la peor de las desgracias. El viejo Tobías se exponía a la muerte para dar sepultura a hermanos de su propia raza cuyos cadáveres yacían insepultos.

Pero el cadáver no es todo el hombre o toda la mujer que ha muerto. Al margen del cadáver algo del hombre sobrevive. El judío lo concibe como una sombra, silenciosa, miserable, olvidada, incapaz incluso de alabar a Dios; esa sombra deambula por un lugar vago, triste, desolado que es el "sheol", el "lugar de los muertos". A veces se le llama "el infierno" o "los infiernos": en tal caso no se trata del infierno de que nos hablan el Evangelio o la teología, que es un lugar de castigo por los pecados. El sheol es otra cosa, algo que la Biblia no precisa, al menos hasta el tiempo en que se acerca la venida del Mesías.

2.- El sentido de la muerte

Y ¿cuál es para el judío el "sentido" de la muerte? El judío no sabe; y no quiere tampoco imaginarse nada ni inventar nada: está a la espera de una revelación divina que empezará a perfilarse hacia el fin del Antiguo Testamento y se hará mas clara en el Nuevo.

Sin embargo el judío establece una relación entre el pecado y la muerte. La muerte no viene de Dios; viene del hombre; viene del pecado que es algo del hombre. A la pregunta de por qué mueren también los inocentes, los justos, los que no tienen pecado, el judío no tiene respuesta.

3.- La liberación de la muerte

El hombre quiere, sin embargo, liberarse de la muerte: o sea no morir -pero ésto es imposible- o salir del sheol hacia una vida mejor, algo así como el "cielo" del Nuevo Testamento. Pero el Antiguo Testamento está todavía muy lejos de dar ese paso.

Por ahora el judío se concentra en lo que cree: que hay una relación entre el pecado y la muerte.

Corrige a sus niños, castiga a los delincuentes, para incitarlos a apartarse del pecado que lleva a la muerte. Incluso impone la pena de muerte al que ha pecado gravemente porque estima, aunque confusamente, que el pecado tiene que ver con la muerte, que la muerte es una consecuencia lógica del pecado.

B.- En el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento todo se aclara. Los vislumbres que aparecen ya en el Libro de los Macabeos, y en el Libro de la Sabiduría -que son los mas recientes del Antiguo Testamento- empiezan a precisarse, se aclaran, se vuelven luminosos. La luz plena la da Cristo, con su enseñanza, pero sobre todo con su vida, con su muerte y con su resurrección, o sea su triunfo sobre la muerte. Y como, de alguna manera, Dios al hacerse hombre en la persona de Cristo, ha asumido nuestra naturaleza humana, el hombre, al ser asumido por Cristo, comparte en cierto sentido su naturaleza divina. Dios se hizo hombre, dicen los Padres de la Iglesia, para que el hombre se hiciera Dios. Dios bajó del cielo a la tierra para que el hombre subiera de la tierra al cielo. Dios asumió el pecado del hombre -todos los pecados de todos los hombres- padeció y murió por el pecado del hombre -recordemos la relación misteriosa que el Antiguo Testamento veía ya entre el pecado y la muerte- y al resucitar, venció su propia muerte y la muerte de todos los hombres. Redujo la muerte a un hecho instantáneo, un evento, que marca el límite entre esta vida y la otra vida que ya no es el "sheol" triste y sombrío, sino el "cielo" luminoso y lleno de gozo, el "lugar" donde vive Dios.

El mismo Cristo que se estremeció y lloró ante la tumba de su amigo Lázaro, el mismo que padeció los dolores y las angustias de su propia agonía y de su propia muerte, el que se sintió abandonado por su Padre, el que murió de hemorragia y de asfixia, clavado vivo en una cruz "vendrá a buscarnos" a la hora de nuestra propia muerte y "nos llevará con El para que allí donde El está estemos también nosotros con El".

Sin duda habrá algunas etapas previas. El pecador tiene que arrepentirse; tiene que hacer

penitencia, o sea ser purificado de su pecado; tiene que pedir y acoger la misericordia y el perdón de Dios. Y si muere sin estar aun purificado del todo, deberá pasar por una purificación antes de entrar al cielo: es el "purgatorio" de la teología católica, implícito aunque no explícito en el Nuevo Testamento. Y el "infierno" -el dolor infinito de no estar con Dios- es tan solo para el que, con pleno conocimiento y con absoluta libertad, rechaza la invitación de Dios.

C.- En las otras religiones y en el ateísmo.

En otras religiones -ajenas a la tradición judeo-cristiana- las cosas se dan mas confusas o mas simples, mas optimistas o mas pesimistas, pero mas o menos siguiendo las líneas fundamentales de la religión judía y de la cristiana. Nosotros decimos que Dios es uno solo y el mismo para todos y que la religión natural, común a todos los hombres, es como un primer esbozo de la revelación divina que se precisa y se aclara en la Biblia. Y que las diversas religiones existentes en el mundo, en cuanto son fieles a esa religión natural, son un paso -a veces un paso muy grande y muy hermoso- hacia la religión plenamente revelada y, si tienen errores, y a veces miserias chocantes, es solo en cuanto esa revelación primitiva se ve en ellas oscurecida por las miserias y las limitaciones humanas.

En algunas religiones, sin embargo, se da un hecho ajeno y contradictorio con la tradición judeo cristiana, y que se explica talvez por la ausencia de fe en un Dios personal, exterior y superior al hombre y a su naturaleza. Es la creencia en la reencarnación. No sé que valor pueda tener el testimonio de Brian Weiss quien cree haber tomado contacto -en el curso de su psicoanálisis- con las anteriores encarnaciones de su paciente y aun con unos "maestros" misteriosos que no son ni su paciente ni él. En todo caso la creencia en la reencarnación -la metemecosis- no tiene base bíblica; hasta el espiritismo y la necromancia son rechazadas por la Biblia y no parecen tener ninguna prueba racional o experimental.

En cuanto al ateísmo, suprime el problema. Nathalie Sarraute, una escritora francesa de origen ruso me contaba la muerte de su madre: "Mírame bien, hija, le decía, poco antes de morir. En pocos minutos mas tu madre se habrá convertido en un poco de carbón, de oxígeno, de hidrógeno y de azoe".

Si. Pero su hija seguía inquiriendo por ese "resto", por lo que hace la diferencia entre el cadaver de una mamá y la misma mamá. Yendo del sheol al cielo y del cielo al sheol, leyendo a San Agustín y a San Juan de la Cruz, buscando una respuesta, buscando una esperanza.

Voy a terminar con una parábola, actualizada. El ateo se asemeja para mí, a un piloto de auto de carrera. El auto de carrera tiene un motor poderoso, carrocería firme y neumáticos a toda prueba. Alcanza grandes velocidades con un alto grado de seguridad. Pero termina deteniéndose y allí queda.

El creyente, en cambio, se asemeja es un piloto de avión. Su vehículo se parece bastante al auto de carrera: tiene motor poderoso, carrocería, ruedas con neumáticos y corre como el por una pista pavimentada. Pareciera que las alas lo estorbaran para correr. Pero, sigámoslo con la vista. Llega el momento del despegue y ese vehículo que corría, como un auto, por la pista despegua, se separa de la tierra y empieza a volar por el aire; y ahora comprendemos el por qué de las alas, comprendemos que un avión capaz de correr como un auto, pero que es hecho, no para correr solamente, sino para volar.

No nos cortemos las alas ni se las cortemos a nadie porque correr es bueno, pero correr para volar es mejor. La tierra es buena, pero el cielo es mejor. La tierra alcanza todo su sentido cuando sirve de pista de despegue para el cielo.

El médico deberá respetar el punto de vista del enfermo, sus valores, sus creencias, su esperanza y su fe, y si él ve la muerte como un despegue hacia un mundo mejor deberá, el médico aun no creyente, ayudarlo para que el despegue se de para su enfermo en las mejores condiciones posibles.